

CAROLYN RICHMOND

EL (AUTO)RETRATO DE ADRIÁN DALE, SEGÚN JOSÉ LUIS CANO

DE LA "REVISTA HISPÁNICA MODERNA"

AÑO XLVII, JUNIO 1994



HISPANIC INSTITUTE
COLUMBIA UNIVERSITY
NEW YORK

1994

NOTAS

EL (AUTO)RETRATO DE ADRIÁN DALE, SEGÚN JOSÉ LUIS CANO *

BAJO la denominación de “cuadernos” (1) ha publicado José Luis Cano una recopilación de algunos textos suyos unificados por la figura y voz de un alter ego de su autor bautizado por él, al comienzo de la época franquista, con el nombre de “Adrián Dale”. Es éste un pseudónimo que el joven escritor, adversario del Régimen, utiliza en algunas de sus colaboraciones literarias aparecidas a principios de los años cuarenta en la valenciana revista *Corcel*. Adrián Dale llega a ser mucho más que un simple disfraz contra la censura: además de servir, en varios capítulos del libro, como portavoz del autor, es también, según sugiere el título, propietario y –¿por qué no?– “editor” de estos supuestos “cuadernos”, convirtiéndose él mismo, mediante un intrincado juego de voces narrativas que van desde lo autobiográfico hasta una proyección objetivadora, en el verdadero eje de la obra.

En realidad toda ella, a primera vista fragmentaria, constituye un diálogo ininterrumpido, en múltiples niveles, que el narrador, cualquiera sea la identidad que asuma, sostiene con interlocutores diversos: con autores y personajes de libros queridos por él, con amigos y conocidos suyos -inventados o reales-, consigo mismo, con el lector... Es, en el fondo, una dolorida, aunque siempre discreta, confesión; una búsqueda del tiempo perdido dirigida a una multiplicidad de destinatarios, tanto identificados como dejados en el anonimato, tanto pretéritos como actuales. Pese a las dificultades implícitas en la desconcertante ambigüedad que su estructura presta al libro, aun el más impasible lector ha de sentirse conmovido por la emoción subyacente en esta colección de escritos, al ponerse en el lugar de esos diversos destinatarios, conocidos o desconocidos: con los españoles de la posguerra; con el público de hoy; con Yaya (María Pepa Díaz, véase el *Diario de un poeta desmemoriado*, Vélez-Málaga, Arte y Cultura, 1992, 25), aquel primer “amor algecireño de Adrián” a quien se dirige en el capítulo así titulado; con Ana, la más reciente de las musas del poeta (véase el antes citado *Diario*, 33-34), a la que van dedicados los *Cuadernos*; o bien –quizá, lo más importante– con su propio autor, pues, como gran parte de la obra poética de José Luis Cano, el libro que aquí comentamos constituye en verdad una velada y conmovedora confesión.

Se trata, pues, de un libro muy secreto que invita –y hasta pide– una lectura tan íntima y personal como la que de textos ajenos realiza en diferentes ocasio-

* José Luis Cano. *Los cuadernos de Adrián Dale (memorias y relecturas)*. Madrid: Orígenes, 1991, 116 págs.

nes el propio narrador. A pesar de que, con alguna que otra excepción, no se sabe a qué fecha remontan sus veintiún capítulos, posee la obra en su tono de solitaria agonía una marcada huella existencialista, revelando el constante anhelo de superar esa soledad mediante las lecturas, el examen de conciencia, la amistad, el amor y -ante todo- mediante la propia creación poética.

De este modo, a través del texto y el recuerdo, fundidos y realizados ambos por una veintena de ilustraciones en blanco y negro procedentes del archivo del "autor" (Cano/Dale), el narrador va abriendo, poco a poco, el albanico del pasado, y permitiéndonos así una mirada furtiva, como al soslayo, sobre sus vivencias juveniles. El mencionado sentimiento de soledad se encuentra tanto más arraigado en su propia personalidad como fomentado por las circunstancias. Aunque, según queda dicho, los capítulos no van fechados, la tónica del libro, que recuerda la de un diario íntimo, sugiere una primera redacción hecha en parte a raíz de la guerra civil española, versión retocada y sin duda ordenada a posteriori para su publicación en 1991. De ahí que, por causas tanto políticas como personales (el exilio interior y el impacto que causaría en una sensibilidad tan impresionable como la de José Luis Cano aquella enorme transformación histórico-social), se haya producido el desdoblamiento, adoptando la máscara del pseudónimo. Todo se remite, en el fondo, al antes y después de aquel acontecimiento bélico, cuyas secuelas (escenas no de batalla, sino de prisión) sólo toman presencia en los dos últimos capítulos del libro. Esa guerra, que cierra el libro y marca también el final de una época -la juvenil- en la vida del narrador, es sin duda la oculta inspiración y la causa del tono melancólico y evasivo del conjunto de las páginas que preceden a aquéllas en que por fin se hace referencia explícita a ella. ¿No representaría asimismo la línea divisoria marcada por aquel acontecimiento el punto inicial de una especie de aniquilación espiritual, en el sentido de una pérdida de la inocencia, del hombre y poeta José Luis Cano, cuyo encarcelamiento psíquico, como el de tantos otros españoles, había de continuar muchos años después de su excarcelación física?

Pero de esto no se habla en *Los cuadernos de Adrián Dale*, cuyo contenido transmite más una sensación de tristeza y añoranza que de amargura. Lo que sí conviene recordar, al repasarlo ahora con algún detalle, es que la mano que ordenó estos textos, cualquiera que sea su fecha, lo hizo con el propósito consciente de crear en el lector -en el lector de hoy- un cierto efecto artístico de conjunto, del que la obra recibe su unidad esencial. Dicha ordenación de los capítulos está caracterizada de un lado por un vaivén entre lo interior y lo exterior, entre meditaciones y reviviscencias íntimas, personales -redactadas, al parecer, para sí mismo-, y, del otro, por reflexiones y recuerdos destinados desde un principio a un público lector. Otra unidad profunda, la del estilo, le confiere al libro la voz personal de su narrador.

El retrato de Adrián Dale esbozado en dos primeros capítulos dialogados presenta y anticipa los que serán los motivos principales del resto del libro: el agridulce *ubi sunt*; la soledad y cansancio vital; la lectura como autoconocimiento, compañía y aventura; el importante papel que han desempeñado en su vida poetas amigos suyos; el amor adolescente; y, por fin, la guerra. En el tercer capítulo se plantea, en un tono lírico, el dilema espiritual de Adrián, quien, "en esa hora poética del pasmo" -en el momento de escribir- no en-

cuentra solución a las “terribles” cuestiones: “¿qué es el mundo?” y “¿qué hacer?” en él (21). Buscará, sin hallarla, la respuesta a la primera en obras literarias del siglo veinte; a la segunda, ¿que hacer “en medio del poderoso misterio que nos rodea?” (22), encuentra que el amor es la respuesta a la belleza, pero que al dolor del mundo no puede hallarle respuesta alguna.

El escritor auténtico, como lo es el José Luis Cano/Adrián Dale, no por eso ha de dejar de hacer frente al enigma. El resto del libro podría considerarse, de este modo, una *respuesta*, tanto poética como vital, al mal del siglo presente y a la consiguiente angustia existencial que le inspira.

La respuesta acerca de lo que el mundo pueda ser es buscada en la lectura –o relectura–, tema de un segundo apartado de cuatro capítulos donde Adrián Dale reflexiona sobre el efecto, tanto inmediato como en el recuerdo, causado en su espíritu por libros de escritores modernos como Lawrence, Huxley, Mann, Joyce y Amiel, así como por la poesía de Rimbaud y *Los Cantos de Maldoror* de Lautréamont, obra ésta hacia la que había sentido una atracción especial durante la adolescencia. Son páginas exaltadas, redactadas y publicadas en parte durante la época de la posguerra (véase, por ejemplo, la versión primitiva, ligeramente distinta, que aparece en el *Almanaque de Corcel para 1946* [Diciembre 1945], 195-197). Para el narrador la lectura –y el recuerdo de esta lectura– viene a ser una especie de íntima recreación, continuo diálogo que le ofrece no sólo un espejo de sí mismo sino también una aventura, un refugio, o bien, un frenesí. Así, pues, la lectura, personalísima, como camino de autococimiento.

Tras estas confesiones de uno que tanto se había identificado, en su juventud, con el protagonista del *Retrato de un artista adolescente*, pasamos, en un tercer apartado, a varios retratos de personajes de su propia adolescencia. Son tres interesantísimos capítulos de memorias acerca de artistas conocidos por él: el admirado y olvidado poeta malagueño Salvador Rueda; un “encuentro” en Málaga con Lorca; y otro, en Torremolinos, con Salvador Dalí en su luna de miel con Gala, “la musa de los surrealistas” (69).

El apartado siguiente –eje emocional del libro– ofrece, en cambio, un autorretrato psíquico del joven Adrián contemplador de sí mismo, cuya respuesta final a la crisis vital por la que está pasando será la actividad de escribir. “Hormigas junto a la bahía” (capítulo XI) nos retrotrae en la vida del “pobre poeta” (76) a su Algeciras natal, escenario concreto o espiritual de las demás memorias del libro. El siguiente capítulo, “Adrián y el hastío”, narra un momento de depresión, con fantasías de suicidio, agónico estado que le lleva, por fin, según se narra en el capítulo XIII, “Más notas sobre Adrián” (título que remonta, a su vez, al tercer capítulo de estos *Cuadernos*), mediante el diálogo consigo mismo, a la decisión de buscar, pese a sentirse a veces un fracasado, la supervivencia tras de la muerte en el escribir: “‘La literatura me salvará’ –me decía a veces” (82). En “Otras notas de Adrián” (capítulo XIV) se pone fin a este paréntesis introspectivo con unas reflexiones acerca de la guerra –todavía otra anticipación del final del libro–, cuyo efecto sobre el poeta sería tajante: “La guerra”, escribe ahí, “ha tenido la virtud de hacerme olvidar completamente el misterio, de no preocuparme de él” (84).

Para mitigar, quizá, este recuerdo del “contacto diario con la muerte” (84), se nos ofrecen a continuación tres capítulos cuyo tema es, de nuevo, la literatu-

ra. "Adrián habla de la poesía" (capítulo XV) constituye en efecto una hermosa *ars poetica* de la poesía moderna. "Gide y su *Paludes*" (capítulo XVI) cuenta cómo la lectura de dicho libro sirvió de incitación al "biógrafo" para "continuar estas notas de Adrián Dale, poeta andaluz extraordinariamente tímido e indolente" (89-90) —palabras éstas que nos remiten, aunque desde una perspectiva nueva, al capítulo XIV. El último párrafo, que empieza con "Adrián me lee una carta de Vicente Aleixandre sobre Proust" (91) e incluye a continuación una cita textual de la misma, relaciona estos *Cuadernos*, sutilmente, con *Los cuadernos de Velintonia*, de José Luis Cano, siendo así un paso más hacia la realidad actual. Por último, el comentario acerca del *Erasmus* de Stephan Zweig (capítulo XVII) quiebra por completa el tono lírico del libro para ofrecernos una crítica objetiva, y no tan benévola, de la biografía en cuestión. Lo que le censura a Zweig es el "silenciar esa vida privada que todo hombre soporta auestas" (97), algo que el autor —y narrador de estos *Cuadernos*— se abstendrá por su parte de hacer en el siguiente, y último, apartado del libro comentado.

Con el capítulo XVIII, "Adrián habla de su infancia", ofrece José Luis Cano, por boca de Dale, una narración de algunos felices recuerdos de su niñez en Algeciras, interrumpida en dos ocasiones por referencias específicas a los efectos de la guerra sobre ciertos conocidos suyos. "Un amor algecireño de Adrián" (capítulo XIX) es un hermoso poema en prosa, lleno de la nostalgia de un tiempo perdido para siempre, mensaje dirigido a la antes citada novia Yaya. El capítulo siguiente, "Adrián en la cárcel", presenta en cambio una penosa rememoración, con algún episodio espeluznante, de unos meses que, en el verano de 1936, pasó en la cárcel de Algeciras el joven socialista "Adrián", esperando día tras día el momento de ser fusilado.

El último capítulo, "Horas de trabajo frente a la bahía", donde se narran los trabajos forzados que hacían los presos sobrevivientes en el otoño del 36, transforma sin embargo toda esta amarga experiencia en arte, tanto plástico (pintura, escultura) como —mediante el texto mismo— poético. Parece que Adrián, sobreviviente de tantos dolores reales, ha encontrado por fin una respuesta a aquellas preguntas metafísicas que tanto le atormentaban en su juventud: allí, "contemplando extasiado el azul zafiro de la bahía", oyendo "la melodiosa llamada del mar que dulcemente lamía las orillas del cerro, cesaba toda angustia por la muerte cercana, y su corazón se erguía de pronto con una nueva fe en la tierra. . . . La vida es más hermosa así, pensaba Adrián, con la muerte acechándonos, tras su belleza delicada y desnuda" (116).

Esta exaltación final de la vida por encima de la muerte —y realizada por su perspectiva— cierra, tanto desde un punto de vista estético como desde el vital, la biografía existencial tan cautelosamente esbozada en estos *Cuadernos*. A su eventual lector le corresponde, si así lo desea, volver a ordenar las piezas del puzzle para establecer una cronología biográfica y entender mejor, quizá, lo que llevaría a José Luis Cano a engendrar, a comienzos de los años cuarenta, a aquel heterónimo suyo, lector y escritor, bautizándole entonces con el nombre de Adrián Dale.

CAROLYN RICHMOND

BROOKLYN COLLEGE and
THE GRADUATE SCHOOL, CUNY